

# La Peste como motivo literario (A propósito de Coripo, *Ioh. III, 338-379*)\*

Antonio RAMÍREZ DE VERGER

De Flavio Cresconio Coripo, escritor africano trasladado a la corte bizantina en tiempos de Justiniano y Justino II, se conservan dos obras, la *Iohannis seu de bellis Libycis*<sup>1</sup>, y el *In laudem Iustini Augusti minoris* o Panegírico de Justino II, fuentes indispensables para entender un período fundamental de la antigüedad: el imperio bizantino del s. VI d. C. La *Iohannis* es un poema épico-histórico<sup>2</sup> de 4.671 hexámetros distribuidos en 8 libros y precedido de un prefacio, en dísticos elegíacos, de 40 versos. Celebra las campañas de Juan Troglita, *magister militum* de Justiniano<sup>3</sup>. El poema empieza con el desembarco de la flota bizantina en *Caput Vadorum* y la marcha posterior del ejército, primero, a Cartago y, después, a *Antonia Castra*, donde el general recibe a una embajada enemiga. Es retado a una batalla, que el caudillo romano acepta. Los libros segundo y tercero narran, siguiendo la misma técnica virgiliana de *in medias res*, los sucesos del final del reino vándalo en Africa durante los años 530-543; los libros cuarto y quinto dan cuenta de las operaciones militares dirigidas antes de la llegada de Juan Troglita en los años 543-545; finalmente, los

---

\* Deseo agradecer a Miss Healey, bibliotecaria del Institute of Classical Studies (University of London), la ayuda que me prestó en todo momento durante el verano de 1984. Las gracias son también debidas a mi colega Juan Fernández Valverde por sus valiosas correcciones y sugerencias.

<sup>1</sup> Sigo la edición de J. Diggle y F. R. D. Goodyear, *Flavii Cresconii Corippi Iohannidos libri VIII*, Cambridge, 1970.

<sup>2</sup> Excepto M. Dulce Nombre Estefanía («Precisiones a *Iohannidos seu de bellis Libycis libri VIII* de Coripo», en *Bivium. Homenaje a Manuel C. Díaz y Díaz*, Madrid, 1983, p. 63-66), todos los estudiosos de la obra de Coripo ven en la *Iohannis* un *epos* histórico; así D. Romano (*L'ultimo Epos latino. Interpretazione de la Iohannis di Corippo*, en *Letteratura e Storia nell'età tardoromana*, Palermo, 1979, p. 253-272, esp. p. 257-259), J. Blänsdorf («*Aeneadas rursus cupiunt resonare Camenae*. Vergils epische Form in der *Iohannis* des Corippus», en *Monumentum Chiloniense*, Festchr. F. E. Burck, Amsterdam, 1975, p. 526 y n. 7) y E. Burck («Die *Iohannis* des Corippus», en *Das römische Epos*, Darmstadt, 1979, p. 394).

<sup>3</sup> Sobre la figura histórica de Juan Troglita, cf. J. B. Bury, *History of the Later Roman Empire from the death of Theodosius I to the death of Justinian*, London, 1923, t. II, p. 147 y 260; cf. recientemente Av. Cameron, «Corippus' *Iohannis*: Epic of Byzantine Africa», *PLLS* 4, 1983, p. 171-175. Los mismos sucesos son narrados muy brevemente por el gran historiador de la época, Procopio de Cesárea en II, 28, 45-52 y IV, 17, 20-21; para comparaciones, cf. W. Ehlers, «Epische Kunst in Corippus *Iohannis*», *Philologus*, 124, 1980, p. 111-112.

libros sexto, séptimo y octavo tratan de las empresas guerreras del héroe del poema. La obra debió componerse poco después del cese de las hostilidades, que terminaron en el 548<sup>4</sup>.

El episodio que me propongo analizar hace referencia a una epidemia de peste. Se trata de la devastadora Peste<sup>5</sup> que se originó en Egipto en el verano del 542. Fue tan terrible como la de Atenas del s. V a. C., que tan magistralmente describiera Tucídides, o tan mortífera como la *Great Plague* de Londres en 1665, que tan detalladamente narrara D. Defoe años más tarde<sup>6</sup>. De Egipto la Peste se extendió por Palestina y Siria, alcanzó Constantinopla en la primavera del año siguiente, difundándose después por Asia Menor, Mesopotamia y Persia. Por Occidente, visitó Africa y, desde allí, invadió Sicilia e Italia. El historiador Procopio nos ha dejado una minuciosa descripción, deudora, como tantas otras, del gran historiador ateniense. Coripo, pues, toca un tema, la Peste, que no ha dejado de tener vigencia como motivo literario desde el Antiguo Testamento hasta nuestros días. K. Büchner<sup>7</sup> y, sobre todo, J. Grimm<sup>8</sup> me eximen de detenerme en este punto. Me limitaré a enumerar los autores que sacaré a colación a lo largo del presente estudio: Tucídides (II, 48-54), Lucrecio (VI, 1138-1286), Virgilio (*Geo.* III, 474-566), T. Livio (III, 6, 2-7, 8; XXV, 26, 7-11<sup>9</sup>), Ovidio (*Met.* VII, 523-613), Manilio (*Astr.* I, 880-895), Séneca (*Oed.* 110-201), Lucano (*Phars.* VI, 80-105), Silio Itálico (*Pun.* XIV, 580-617), Luciano (*Quom. hist. conscr.*, 15), Amiano Marcelino (XIX, 9, 4), Procopio (II, 22-23), Paulo Diácono (*Hist. Lang.* II, 4), Giovanni Boccaccio (*Decameron, Intr.* 2-48<sup>10</sup>), Daniel Defoe (*A Journal of the Plague Year*), Albert Camus (*La Peste*<sup>11</sup>) y Alejo Carpentier (*El siglo de las luces*, cap. XLVII<sup>12</sup>). Sorprendentemente el estudio de J. Grimm, mencionado anteriormente, no incluye ni a Procopio<sup>13</sup> ni a Coripo.

<sup>4</sup> En el 549 o 550, según J. Patsch, en *MGH a.a.* III, 2, Berolini, 1879, *proem.* p. XLIV; cf. *Ioh. praef.* 1, 2, 13, 22, 33, I, 9-13.

<sup>5</sup> Cf. J. Patsch (n. 4), p. XVI-XVII, y J. B. Bury (n. 3), t. II, p. 62-66.

<sup>6</sup> La primera edición del *Journal of the Plague Year* apareció el 17 de marzo de 1722. Seguiré la edición de Louis Landa, Oxford, 1969.

<sup>7</sup> «Die Pest. Ihre Darstellung bei Thukydides, Lucrez, Montaigne, Camus», en *Humanitas Romana. Studien über Werke und Wesen der Römer*, Heidelberg, 1957, p. 64-79.

<sup>8</sup> *Die literarische Darstellung der Pest in der Antike und in der Romania*, München, 1965, donde se ofrecen diversos tratamientos del tema de la Peste desde la Biblia hasta A. Camus.

<sup>9</sup> Cf. también, I, 3, 5; III, 32, 2-4; IV, 21, 2-5; IV, 25, 3-5; IV, 52, 3-4; V, 14, 3-4; VI, 21, 1; VII, 1, 7-8; VII, 3, 1-4; VII, 27, 1; VIII, 17, 4; VIII, 18, 2-4; IX, 28, 6; X, 47, 6; XXVII, 23, 6-7; XXVIII, 46, 15.

<sup>10</sup> Sigo la edición de Vittore Branca, *Giovanni Boccaccio, Decameron*, edición crítica secondo l'autografo Hamiltoniano, Firenze, 1976.

<sup>11</sup> Sigo la edición de Gallimard, A. Camus, *La Peste*, París, 1947, repr. 1980.

<sup>12</sup> Citaré por la primera edición, México, 1962, p. 281-285.

<sup>13</sup> Es tratado muy brevemente por A. Gervais, «A propos de la 'Peste' d'Athènes: Thucydide et la littérature de l'épidémie», *BAGB*, 1972, p. 421-422. También merecería ser destacada la descripción de la sequía por Estacio. *Theb.* IV, 680-745.

Coripo utiliza el motivo literario de la Peste como un *excursus*, muy de moda en esta época<sup>14</sup>, para enfatizar el estado de postración en que se encontraba el norte de Africa antes de la llegada de Juan Troglita, el héroe que devolvería a la región su antigua paz y prosperidad. Coripo tampoco desaprovechó la ocasión que se le presentaba para mostrar sus dotes literarias en un tema que ya constituía *per se* una pieza de retórica. Sobre este punto volveré al final. Ahora pasemos al texto.

Coripo empieza introduciendo el *fatum* como causante del paso de una época feliz (vv. 320-335) a otra de ruina:

*invida sunt misero fatorum stamina mundo.  
cur, Lachesis, hominum tenui pendencia filo  
fata tenes? leviter pellis: iam rumpitur orbis*<sup>15</sup>.

La felicidad del hombre nunca dura lo suficiente (v. 336: *libertas iam plena fuit, sed tempore parvo*), porque el destino acecha para cambiar a su capricho el rumbo del acontecer humano. Coripo, mediante una interrogación retórica, continúa la creencia casi general de que la Peste es una calamidad enviada por el destino o los dioses<sup>16</sup> a un mundo en descomposición y ruina (v. 343: *mundumque labantem*). El empeño de Lucrecio de hacer ver al hombre la inutilidad de los dioses y de la religión en situaciones límites, como la Peste de Atenas, resultó baldío.

Tras unos versos, de los que poco podemos inferir por su deficiente estado, comienza la presentación de la Peste:

*atque hominum vastare genus mundumque labantem  
coeperat. his*<sup>17</sup> *nostris veniens fervebat in oris.*  
345 *numquam audita fuit mortis tam tristis imago,*

<sup>14</sup> Cf. el comentario de U. Stache a *In laudem Iustini I*, 276 ss., p. 196, Berlín, 1976, con bibliografía incluida.

<sup>15</sup> *Ioh.* III, 337-9: «Envidia sienten del desgraciado mundo los hilos de los hados. ¿Por qué, Láquesis, mantienes el destino de los hombres pendiente de tan fina hebra? Sólo tienes que tocarla, y al instante el orbe se precipita en ruinas».

<sup>16</sup> La Peste es enviada por el destino: Sen. *Oed.* 124-25; Luc. *Phars.* VI, 98; por los dioses: Liv. III, 7, 8; Ov. *Met.* VII, 523; Sil. It. *Pun.* XIV, 583-84, 617; Proc. II, 22, 1, 8; por Dios: *Sam.* II, 24; Boccaccio, *Intr.* 8. 25, 47; Defoe, *A Journal...*, *passim*, cf. e.g. p. 68; A. Camus, esp. en el primer y patético sermón del padre Paneloux en *La Peste*, II, 3, p. 91-95.

<sup>17</sup> Me inclino por leer con J. Diggle (n. 1) *hic* (cf. *app. crit.*).

*non orbis novitate rudis, non tempore Pyrrhae.  
nam miseros monstris conturbans letifer annus  
miscuerat superis manes, seseque videbant  
vulnera divinis homines hausisse sagittis,  
350 tum varias pestes ima consurgere terra  
aspectusque feros*<sup>18</sup>.

Para la Atenas del 430 a. C. como para la Constantinopla del 543 d. C. o la Florencia de 1348 o el Londres de 1665, el cuadro debió parecer a los escritores más que desolador. No hay mejor medio de describirlo que enfatizar el dominio de la Muerte sobre la vida<sup>19</sup>: la muerte se enseñoorea alcanzando a todos, como bien expresara el mismo Procopio: εἶτε γὰρ χωρίων ἐνοικήσει εἶτε νόμῳ διαίτης ἢ φύσεως τρόπῳ ἢ ἐπιτηδεύματιν ἢ ἄλλῳ ὅτῳ ἀνθρώπων ἀνθρώποι διαφέρουσι, ἐν ταύτῃ δὴ μόνη τῇ νόσῳ τὸ διαλλάσσον οὐδὲν ὤνησεν<sup>20</sup>.

O recuérdese la estremecedora escena de la muerte de un niño en *La Peste* de Camus<sup>21</sup>. En Coripo esta idea viene expresada por el pesadamente rítmico verso 343: *atque hominum vastare genus mundumque labantem* en la entrada misma del texto. También ayuda a evocar esa idea los términos *fervebat* (344), *letifer annus* (347) y *varias pestes... aspectusque feros* (350-351). Pero lo que en Virgilio<sup>22</sup> o en Camus es sentimiento verdadero, en Coripo es puro adorno. Los versos 345-346, con la anáfora y la armonía imitativa de sonidos dentales (*audita fuit mortis tam tristis*) y vibrantes (*urbis..., rudis, tempore Pyrrhae*), intentan transmitirnos una sensación de ruina, aunque para ello el poeta haya tenido que echar mano de una mitad de hexámetro mil veces repetida<sup>23</sup>. Los ver-

<sup>18</sup> *Ioh.* III, 343-51: «Y la plaga había comenzado a asolar la estirpe de los hombres y el mundo que se derrumbaba. En poco tiempo llegó con inusitada fuerza a nuestras costas. Nunca se había conocido una visión tan sombría de la muerte ni en los albores de la tierra todavía sin forma ni en el tiempo de Pirra. Pues este año mortífero había mezclado y trastornado a los desgraciados manes con prodigios llegados del cielo, y los hombres veían por sí mismos cómo recibían heridas producidas por saetas divinas y cómo surgían del fondo de la tierra plagas diversas y visiones terroríficas».

<sup>19</sup> Cf. Verg. *Geo.* III, 551-53; Ov. *Met.* VII, 526: *exitium superabat opem*; Sen. *Oed.* 126: *ducitur semper nova pompa Morti*, 164-65 y 180-81: *o dira novi facies leti, / gravior leti*; Luc. *Phars.* VI, 100; Sil. It. *Pun.* XIV, 617: *eadem leti versatur imago*.

<sup>20</sup> II, 22, 1: «Y si los hombres se diferenciaban entre sí por el lugar de residencia, por el modo de vida, por su forma de ser, por sus costumbres o por alguna otra característica, en esta enfermedad especial no hacía al caso la diferencia».

<sup>21</sup> *La Peste*, IV, 3, p. 195-97.

<sup>22</sup> Buenos análisis literarios en D. West, «Two Plagues: Virgil Georgics 3.478-566 and Lucretius 6.1090-1286», en *Creative imitation and Latin Literature*, Cambridge, 1979, p. 71-88, y E. L. Harrison, «The Noric Plague in Vergil's third Georgic», en *Papers of the Liverpool Latin Seminar*, second volume, Liverpool, 1979, p. 1-65. E. Flintoff, «The Noric Cattle Plague», *QUCC* 13 n. s., 1983, p. 85-111.

<sup>23</sup> Cf. O. Schumann, *Lateinisches Hexameter-Lexikon*, München, 1981, t. III, p. 441.

Los 347-348 multiplican *ad nauseam* esa misma impresión de ruina y desolación. Tal vez en *monstris conturbans.../miscuerat* vaya implícita la impresión de trastorno, el que producía una epidemia que cambiaba todos los valores. En Virgilio, Ovidio y Séneca se llegaba a ellos mediante el tópico de «el mundo al revés»<sup>24</sup>. En Coripo, sólo se insinúa que la situación ya no es la misma. Y en ello se insistirá una y otra vez.

El pasaje termina en construcción anular retomando el surgimiento de la Peste, aunque sin nombrar el lugar exacto<sup>25</sup>; se conforma con un oximoron de múltiples aplicaciones: *ima consurgere terra*.

Después del origen de la Peste<sup>26</sup>, lo normal era pasar a una descripción, generalmente detallada, de la sintomatología y epidemiología de la plaga<sup>27</sup>, donde los escritores desarrollaban algunos *loci communes*: ataque de la enfermedad a los animales<sup>28</sup>, ignorancia de la ciencia<sup>29</sup> e inexistencia de remedio alguno<sup>30</sup>; todo ello para reflejar un impresionante «cuadro de muerte»<sup>31</sup>. A Coripo, en cambio, no le interesa la enfermedad en sí, que la toma como mero pretexto, sino sus efectos sociales y morales. De ahí que, una vez que el poeta ha puesto en situación a la audiencia, dirige su atención, —pasándose por alto lo que era normal en las descripciones literarias de la Peste—, hacia el cambio que produce la Peste en la conducta humana.

Tópico era tratar el tema del abandono de los ritos funerarios y la insensibilidad ante el dolor y la muerte. Y así Coripo:

<sup>24</sup> Cf. Verg. *Geo.* III, 537-547; Ov. *Met.* VII, 549-550; Sen. *Oed.* 149-163.

<sup>25</sup> Cf. Thuc. II, 48, 1; Lucr. VI, 1141; Ver. *Geo.* III, 474; Am. Marc. XIX, 4, 4; Proc. II, 22, 6. Luciano parodia estos comienzos en su burla del historiador Creperoyo Calpurniano, como cree J. F. Gilliam («The Plague under Marcus Aurelius», *AJPh*, 82, 1961, p. 228 y n. 16); el pasaje de Luciano es *Quom. hist. conscr.* 15, con el comentario de J. Hall, *Lucian's Satire*, Arno, New York, 1981, p. 312-324.

<sup>26</sup> Lucr. VI, 1090-1137; Ov. *Met.* VII, 528-533; Sil. It. *Pun.* XIV, 585-593; Am. Marc. XIX, 4, 2; Proc. II, 22, 10-13; Paul. Diac. *Hist. Lang.* II, 4; A. Camus, *La Peste*, en casi toda la primera parte.

<sup>27</sup> Thuc. II, 49-50; Lucr. VI, 1145-1214; Verg. *Geo.* III, 482-548; Ov. *Met.* VII, 554-481; Sen. *Oed.* 181-196; Luc. *Phars.* VI, 95-97; Sil. It. *Pun.* XIV, 597-605; Am. Marc. XIX, 4, 5-7; Paul. Diac. *Hist. Lang.* II, 4; Bocc. *Intr.* 10-12; A. Camus, *La Peste*, II, 2, 7 y IV, 3, 4.

<sup>28</sup> Thuc. II, 50, 1; Lucr. VI, 1219-24; en Virgilio es el tema central, cf. *Geo.* III, 480 ss.; Ov. *Met.* VII, 534-551; Sen. *Oed.* 133-153; Luc. *Phars.* VI, 84-90; Sil. It. *Pun.* XIV, 594-96; Am. Marc. XIX, 4, 6; Bocc. *Intr.* 18.

<sup>29</sup> Lucr. VI, 1179-81; Verg. *Geo.* III, 491; Ov. *Met.* VII, 526; Sil. It. *Pun.* XIV, 609; Proc. II, 22, 29; Bocc. *Intr.* 13-15; A. Camus, *La Peste*, II, 7 y IV, 3.

<sup>30</sup> Thuc. II, 51, 2; Lucr. VI, 1170-1, 1226-29; Ov. *Met.* VII, 564-67; Man. *Astr.* 1, 887; Sen. *Oed.* 197-201; Bocc. *Intr.* 9.

<sup>31</sup> Thuc. II, 52, 20; Lucr. VI, 1215, 1256-75; Verg. *Geo.* III, 554-60; Liv. XXV, 26, 10; Ov. *Met.* VII, 581-605; Luc. *Phars.* VI, 101-103; Sil. It. *Pun.* XIV, 609-612; Am. Marc. XIX, 4, 1; Paul. Diac. *Hist. Lang.* II, 4; D. Defoe, *A Journal...*, p. e., p. 15: *Death was so always before their eyes*.

*iam nullus terror acerbis  
mortibus: haud leto metuens sua lumina clausit,  
aetas si qua ruit. lacrimis privatur amaris  
humanum genus, et plagentia lumina non sunt,*  
355 *dum sibi quisque timet, nullus tunc reddidit ullum  
funeris obsequium: sonuit non luctus in orbe,  
non sponsus sponsam flevit, non nupta maritum,  
nulla parens natos doluit native parentem,  
o male corda novam nusquam plagentia mortem!*  
360 *iustitium meruit, sed nullis lumina tectis  
effundunt lacrimas: vilis mors omnibus illa*<sup>32</sup>.

El primer motivo del pasaje (vv. 351-353), la indiferencia ante la muerte de pura resignación, se encuentra expresado con otras palabras en Lucrecio (VI, 1230-34, esp. 1234: *deficiens animo maesto cum corde iacebat*) o, con mayor claridad, en Séneca (*Oed.* 197-8: *prostrata iacet turba per aras/oratque mori*). Pero en ningún autor se encuentra la enfática repetición de términos de igual significado en parejas bien equilibradas: *nullus/haud, terror/metuens, acerbis mortibus/leto*. El sintagma *aetas si qua ruit* me parece un añadido no muy afortunado, aunque puede que sirva de contrapeso a *dum sibi quisque timet* (v. 355). El segundo motivo, la insensibilidad reflejada en la ausencia de llanto, aparece en T. Livio (XXV, 26, 10: *ut non modo non lacrimis iustoque comploratu prosequerentur nostros*), Ovidio (*Met.* VII, 611: *qui lacrimant, desunt, indefletaque vagantur*) y Séneca (*Oed.* 58-59: *quodque in extremis solet, / periere lacrimae*). No así en Paulo Diácono (*Hist. Lang.* II, 4: *erant autem ubique luctus, ubique lacrimae*), de quien se dice que fue el modelo de Boccaccio<sup>33</sup>. Más bien parece que el poeta italiano sigue la tradición reflejada en Coripo: *e pochissimi erano coloro a' quali i pietosi pianti e l'amare lagrime de' suoi congiunti fossero concedute* (*Intr.* 34) o *Né erano per ciò questi da alcuna lagrima o lume o compagnia onorati* (*Intr.* 41). Incluso *l'amare lagrime* es fiel traducción del *lacrimis amaris* del verso 353.

<sup>32</sup> *Ioh.* III, 351-61: «En este momento desaparece todo pánico ante la crueldad de la muerte. Sin miedo a ella cerraban los ojos los hombres, cualquiera que fuera su edad. Desaparece el llanto amargo, y no se humedecen los ojos de dolor, porque cada cual siente su propio miedo. Nadie entonces cumplía con el ritual debido a los muertos, no hay manifestación de duelo por ninguna parte: el marido no llora a su esposa, ni la novia al novio, la madre no siente dolor por los hijos ni los hijos por la madre. ¡Ay corazones insensibles, que no lloran ante una muerte en ningún otro sitio conocida! Se decreta luto público, pero nadie en la intimidad derrama lágrimas: nadie da valor a la muerte».

<sup>33</sup> Es la teoría de V. Branca, *Boccaccio medievale*, Firenze, 1975, 4.ª ed., p. 338-41; cf. V. Sklovsky, *Lettura del Decameron. Dal Romanzo d'avventura al romanzo di carattere*, Bologna, 1969, p. 195-247. Tampoco R. Jacobi (*Die Quellen der Langobardengeschichte des Paulus Diaconus*, Halle, 1877, p. 99-100) cita a Coripo como posible fuente de Paulo Diácono.

Coripo introduce a continuación el motivo del abandono de los ritos funerarios: *nullus tunc reddidit ullum/funeris obsequium* (355-356). Como es de suponer, las escenas funerarias no podían faltar<sup>34</sup>. Dos autores destacan por encima de los demás: Lucrecio, en el desesperanzando final de su obra (VI, 1278-1286) y D. Defoe, en la macabra escena de la visita nocturna de H. Foe a «The Aldgate plague-pit»<sup>35</sup>. Coripo se limita a sacar el motivo; pero, seguidamente, crea una atmósfera de hondo sentimiento en una secuencia que merece la pena analizar:

*Sonuit non luctus in orbe,  
non sponsus sponsam flevit, non nupta maritum,  
nulla parens natos doluit native parentem.  
o male corda novam nusquam plagentia mortem!*<sup>36</sup>

Todo aquí es sonoridad, conseguida por medio de lo que H. Fränkel llamó «der Schildernde Stil» o estilo descriptivo<sup>37</sup>, que es propio no sólo del «priamel»<sup>38</sup>, sino también de pasajes especialmente expresivos. Coripo, pienso, sigue en estos versos una doble tradición: la general de pasajes descriptivos, que no dejó de ponerse en práctica desde Homero<sup>39</sup>, y la particular de los autores que describieron escenas similares. En la primera es digno de notarse que escritores cercanos en el tiempo a Coripo, como Nono y Museo<sup>40</sup>, también lo cultivaran. En la segunda destacan Virgilio (*Geo.* III, 520-21, 526-27, 537-38), Ovidio (*Met.* VII, 545-46, 549-550, 558-59), Séneca (*Oed.* 149-157) y, después de Coripo, Paulo Diácono<sup>41</sup>. Más aún, los versos 357-358 siguen fielmente un tópico de la edad de Hierro: la ruptura de los lazos familiares. El topos era expresado mediante *poliptota* ya desde Hesíodo:

<sup>34</sup> Thuc. II, 52, 4; Liv. XXV, 26, 10; Ov. *Met.* VII, 606-613; Man. *Astr.* I, 888-89; Sen. *Oed.* 53-70; Proc. II, 23, 2-3, 9-10, y esp. | 12; Paul. Diac. *Hist. Lang.* II, 4; Bocc. *Intr.* 41; A. Camus, *La Peste*, III, p. 160-65; A. Carpentier, *El siglo...* cap. 47, p. 284; *El Mal Egipcio se llevaba sus últimas víctimas, presurosamente cargadas hacia el camposanto, sin esquilas ni funerales, en enterramientos jocosos, de pronto acabar.*

<sup>35</sup> P. 58-60. Cf. F. Bastian, «Defoe's Journal of the Plague Year Reconsidered», en *The Rev. of Eng. Stud. (RES)*, 16 n. s., 1965, p. 151-173.

<sup>36</sup> *Ioh.* III, 356-9.

<sup>37</sup> *Eine Stileigenheit der frühgriechischen Literatur*, en *Wege und Formen frühgriechischen Denkens*, München, 1955, p. 51-67, esp. 56.

<sup>38</sup> Cf. V. Schmid, *Die Priamel der Werte im Griechischen von Homer bis Paulus*, Wiesbaden, 1964, con ejemplos en p. 143-158; cf., más recientemente, W. H. Race, *The Classical Priamel From Homer to Boethius*, Leiden, 1982, p. 27.

<sup>39</sup> La lista sería interminable; cf. e.g. Hom. *Il.* IX, 379-87; Arquil. 19 West (102 Adrados), Theogn. 669-718; Call. *Ait.* III, 44-49, 75; Tib. I, 9, 31-34; Ov. *Met.* VI, 428-38 con la nota de Bömer.

<sup>40</sup> Nonn. *Dionys.* II, 359-63; Mus. *Her. et Leand.* 275-281 con la nota de K. Kost en su edición, Bonn, 1971, p. 482-84.

<sup>41</sup> *Hist. Lang.* II, 4.

οὐδὲ πατὴρ παίδεσσιν ὁμοίος οὐδέ τι παῖδες,  
οὐδὲ ξείνος ξεινοδόκῳ καὶ ἑταίρῳ ἑταίρῳ<sup>42</sup>.

Es la forma que siguió, sin las negaciones, Catulo en el pesimista final del poema 64:

*perfudere manus fraterno sanguine fratres,  
destitit extinctos natus lugere parentes,  
optavit genitor primaevi funera nati*<sup>43</sup>...

El verso 359 resume el tema en una *sententia* exclamativa de excesiva sonoridad: o *male corda novam nusquam plangentia mortem*. De nuevo, la forma ahoga el contenido. No obstante, no hubiera sido un mal remate. Coripo, en cambio, reitera ideas ya desarrolladas: *sed nullis.../effundunt lacrimas* (360-61) = *lacrimis.../...lumina non sunt* (353-54), y *vilis mors omnibus illa* (361) = *iam nullus terror.../...haud leto metuens* (351-52). Sólo ha añadido *iustitium meruit* (360), incrustado como quien no sabe dónde situarlo. Era otro tópico, la suspensión de las actividades normales<sup>44</sup>, de obligado cumplimiento para nuestro poeta.

Con todo, el final del pasaje, *vilis mors omnibus illa* (361), es un digno resumen de la primera parte; la indiferencia ante la muerte de puro acostumbrarse a ella.

El v. 362 nos lleva a otro motivo: el descenso demográfico que produce toda epidemia:

*iam Libycis vacuae cessabant civibus urbes*<sup>45</sup>.

El topos aparece en Virgilio (*Geo.* III, 476-77: *desertaque regna/pastorum et longe saltus lateque vacantis*) y Procopio (II, 23, 4: *πολλὰι τε οἰκίαι παντάπασιν ἔρημοι ἀνθρώπων ἐγένοντο*). Después de Coripo, el vacío y el silencio producido por la Peste se convertirá en otro tópico literario. Los ejemplos más significativos se hallan en Paulo Diácono (*Hist. Lang.* II, 4: *videres seculum in antiquum redactum silentium: nulla vox in rure, nullus pastorum sibilus, nullae insidiae bestiarum in pecudibus, nulla damna in domesticis volucribus*) y en A. Camus (*La Peste*, II, 6, p. 114: *Vers deux heures, la ville se vide peu à peu et*

<sup>42</sup> *Op.* 182-3: «y ni el padre se parecerá a los hijos ni los hijos al padre, ni el huésped agradecerá al huésped, ni el amigo al amigo».

<sup>43</sup> LXIV, 399-401: «y (desde que) los hermanos mancharon sus manos con sangre de hermanos, y el hijo dejó de llorar la muerte de sus padres, y el padre deseó ver los funerales de su primogénito...»

<sup>44</sup> *Lucr.* VI, 1252-54; *Verg. Geo.* III, 498-99, 519, 525-6, 548-550; *Proc.* II, 23, 18-19.

<sup>45</sup> *Ioh.* III. 362: «Ya las ciudades de Libia se estaban quedando deshabitadas».

*c'est le moment où le silence, la poussière, le soleil et la peste se rencontrent dans la rue).*

Inmediatamente, Coripo pasa de lo general a lo particular, de la escasez de habitantes a fijarse en uno de los supervivientes, a quien le ha atacado un mal peor que la misma peste, la avaricia:

*rarus et in multis domibus vix unus oberrans  
divitias longa quaerebat lite parentis.  
365 inmeritus iam plenus opum, qui mille parentum  
heres erat. non notus avis patrimonia, fructus,  
argentum vestesque simul flavumque metallum  
abstulit, et tantis implevit praedia rebus  
insaturus. magnis cumulata est arca sacellis,  
et tamen inops nunquam satiatur avaris<sup>46</sup>.*

El tema de la avaricia se ajusta más a la sátira<sup>47</sup>. Si Coripo lo utiliza con cierta extensión, probablemente se deba a su deseo de hacer ver que la avaricia implica a la vez un grave quebranto de la moral tradicional. Los versos traslucen una cuidada estructura, especialmente en la disposición de los términos. A los nominativos, que describen al avaro (*rarus... vix unus*, 363; *inmeritus*, 365; *non notus*, 366; *insaturus*, 369), se oponen los sucesivos objetivos de la avaricia (*divitias... parentis*, 364 [casi un *golden line*]; la *cumulatio verborum* de los versos 366-67; y *praedia*, 368). Y en el remate, una sentencia oximórica: *et tamen ardor inops numquam satiatur avaris* (370), que es el eco del *amor sceleratus habendi* de Ovidio<sup>48</sup> o del *adquirendi insatiabile votum* de Juvenal<sup>49</sup>. A partir de este punto, Coripo, me da la impresión, comienza a desviarse de los lugares comunes de la Peste para adentrarse en otros, que son propios de la edad de Hierro. Ello no debe causarnos sorpresa, porque la Peste y las desgracias de la edad de Hierro se dan la mano.

La sentencia de la insaciabilidad de los avaros (370) es un respiro para continuar con el mismo tema pero variándolo con una ejemplificación distinta, el casamiento de conveniencias, donde se busca más el dinero que el amor:

---

<sup>46</sup> *Ioh.* III, 363-70: «Y casi nadie, apenas uno entre tantos habitantes, vagaba en busca de la herencia paterna tras un largo proceso. Sin tener derecho está ya ahito de riquezas ese que ha heredado a mil padres. Sin haber conocido a sus antepasados se apodera de un sólo golpe de patrimonios, cosechas, plata, vestidos y oro, e, insaciable, llena sus dominios con tantos bienes. Amasó una fortuna con tan ricos tesoros familiares, y, sin embargo, la ardiente avidez nunca colma a los avaros».

<sup>47</sup> Cf. p. e. *Juv.* XIV, 256-302.

<sup>48</sup> *Met.* I, 131 y nota de Bömer.

<sup>49</sup> XIV, 125.

*coniugiis caluere novis, viduasque potentes  
accipiunt; nullis virgo quaesita maritis:  
coniugis ob nummos defuncti quaeritur uxor,  
virginibus dos parva datur; sic tempore diro  
375 nulla maritales curavit reddere luctus<sup>50</sup>.*

Hay, pues, otro cambio de los valores morales sancionados por la tradición. Casarse con una viuda adinerada que no respeta el luto debido es, a los ojos de nuestro poeta, otra muestra de la subversión moral, que la Peste ha causado. El *tempore diro* (374) podría ser entendido no sólo como una época terrible por los estragos físicos de la peste, sino también como un tiempo de degeneración social y moral. Así lo entendieron también Tucídides (II, 52, 3), Lucrecio (VI, 1276-77), Livio (XXV, 26, 10), Ovidio (*Met.* VII, 609), Boccaccio (*Intr.* 23), Camus<sup>51</sup> o Alejo Carpentier (*El siglo...*, p. 285).

Los versos finales nos aclaran lo que solamente ha sido insinuado antes. El estado de postración en que se encuentra la región de Africa se asemeja a lo peor de la edad de Hierro:

*hinc fora cuncta patent, et tristes surgere lites  
incipiunt. saevit toto discordia mundo  
iurgia saeva movens. pietas omnino recessit.  
iustitiam nullus compuncta mente secutus<sup>52</sup>.*

El mal se ha instalado entre los hombres y sólo reina la *discordia*, y, como en las descripciones de la edad de Hierro<sup>53</sup>, las virtudes huyen de la tierra: *pietas omnino recessit* (378). Como en Catulo<sup>54</sup>, el final es sombrío. Tal vez, Coripo haga mayor hincapié en la degeneración moral del hombre, porque era un pensamiento bastante arraigado entre los romanos a partir del s. II a. C. Salustio, por poner un ejemplo, asoció la epidemia de la Peste con el declive moral de la república romana en el conocido *excursus* de la Historia de Roma en su *Bellum Catalinae*<sup>55</sup>. El pasaje concreto dice: *post, ubi contagio quasi pesti-*

<sup>50</sup> *Ioh.* III, 371-5: «Se arde en deseos de nuevos matrimonios, se casan con viudas ricas; nadie solicita a las doncellas, se busca esposa de acuerdo con la riqueza del difunto marido, una parca dote se concede a las doncellas; de este modo nadie en este tiempo maldito se preocupa de guardar luto por su esposo».

<sup>51</sup> Cf. B. Masters, *Student's Guide to Camus*, London, 1981, p. 92.

<sup>52</sup> *Ioh.* III, 376-9: «Así, la vida pública queda al arbitrio de todos y empiezan a nacer penosas disputas. La discordia crece por doquier provocando ásperas riñas. El respeto desaparece por completo. Nadie, con mente afligida, hace caso a la justicia».

<sup>53</sup> Hes. *Op.* 197-201; Theogn. 1135-42; Arat. *Phaenom.* 101-36; Cat. LXIV, 398-408; Verg. *Geo.* II, 473-4; Ov. *Met.* I, 150; Iuv. VI, 19.

<sup>54</sup> Cf. LXIV, 397-408.

<sup>55</sup> B. C. VI y ss.

*lentia invasit, civitas inmutata, imperium ex iustissimo atque optumo crudele intoleran dumque factum*<sup>56</sup>.

La Peste en Coripo viene a representar el estado de degeneración moral y física del norte de Africa durante la dominación vándala. Esto es claro, si los versos 343-379 son contrastados con los versos 320-335, donde el poeta africano describe una *aurea aetas* o χρυσεὸν γένος, en la que reinaba la paz y la prosperidad (320: *tunc facta nostrae requies pinguis terra*, cf. 323, 331) y no existía la guerra (321-322 y 326). La prosperidad unida a la tranquilidad (323: *Libyae pax tuta per orbem*) se reflejaba en la agricultura (324: el vino; 325: el olivar; 327-329: la siembra), en el comercio (331-332), en la alegría de los agricultores (332-334) e, incluso, en el cultivo de las Musas (334-335). En suma, era una época de libertad (336: *libertas iam plena fuit*). El punto de inflexión es marcado por el sintagma *sed tempore parvo* (336). A partir de ahí, comienza la segunda parte, la analizada más arriba, es decir, la Peste con sus consecuencias, más morales que físicas. Al valerse de la técnica del contraste, Coripo dejaba clara la necesidad de que un hombre extraordinario devolviera al norte de Africa a su antiguo esplendor. Este sería, no hace falta decirlo, el héroe del poema, Juan.

La Peste, como motivo literario, ha sido empleada como Símbolo y como Retórica. Como expresión simbólica fue utilizada por Tucídides: descomposición interna de la Atenas de 430 a. C.<sup>57</sup>; por Lucrecio: muerte y destrucción sin sentido<sup>58</sup>; por Manilio: el poder del destino<sup>59</sup>; por Séneca: la corrupción de la naturaleza humana<sup>60</sup>; por Camus: la ocupación alemana en Francia durante la Segunda Guerra Mundial o el poder del mal<sup>61</sup>; o por Carpentier: la muerte en vida<sup>62</sup>. Como pieza de Retórica, Virgilio fue el primero en perder el sentido de la realidad de la Peste para crear una joya literaria<sup>63</sup>; Ovidio se sirvió de la

<sup>56</sup> B. C. X, 6: «Después, cuando el contagio apareció a modo de peste, la ciudad cambió por completo, y el poder pasó de ser justo y beneficioso a cruel e insufrible». Cf. notas de K. Vretska (Heidelberg, 1976, I, p. 218-9), de J. P. McGushin (Leiden, 1977, p. 92) y de J. T. Ramsey (Chico, California, 1984, p. 88). Sobre el declive de las antiguas costumbres en Roma, léase a H. Dahmann, «Cicero, Caesar und der Untergang der libera res publica», *Gymnasium*, LXXV, 1968, p. 337-55, esp. 340-1.

<sup>57</sup> Así, p. e., P. R. Pouncey, *The Necessities of War. A Study of Thucydides Pessimism*, New York, 1980, p. 31-3 y 81-2.

<sup>58</sup> Resumen de teorías en E. J. Kenney, *Lucretius*, Oxford, 1977, p. 21-2.

<sup>59</sup> Cf. comentario de D. Liuzzi, *Lecce*, 1983, p. 159-60.

<sup>60</sup> Opinión de N. T. Pratt, *Seneca's Drama*, Chapel Hill and London, 1983, p. 101.

<sup>61</sup> Cf. D. R. Harris, *Albert Camus: La Peste*, Southampton, 1981, p. 9-10 y 25-38.

<sup>62</sup> Así lo reflejan las palabras de Sofía a Víctor Hughes, ya recuperado del mal egipcio: «Estoy cansada de vivir entre muertos. Poco importa que la Peste haya salido de la ciudad. Desde antes llevaban ustedes las huellas de la muerte en las caras... Aquí todo huele a cadáver. Quiero volver al mundo de los vivos; de los que creen en algo. Nada espero de quienes nada esperan».

<sup>63</sup> L. P. Wilkinson, *The Georgics of Virgil*, Cambridge, 1969, p. 206-8.

epidemia como un frío *topos* literario en la descripción de la peste de Egina<sup>64</sup>; Boccaccio consiguió una viva y arrebatadora pintura de la peste de Florencia, que mereció un justo elogio de Petrarca: *narrasti proprie et magnifice deplorasti*<sup>65</sup>. El camino le había sido preparado por Coripo y por Paulo Diácono. En Coripo es evidente que tiene más importancia la forma que el mensaje en sí.

Flavio Cresconio Coripo alcanza en este *excursus* retórico uno de los documentos más felices de su poesía, aunque no tenga la συμπάθεια de Virgilio, la fuerza expresiva de Boccaccio o la riqueza evocadora de A. Camus. Para ser una digresión no se podía exigir más a un poeta modesto.

---

<sup>64</sup> Cf. G. K. Galinsky, *Ovid's Metamorphoses. An Introduction to the Basic Aspects*, Oxford, 1975, p. 115.

<sup>65</sup> *Sen. XVII, 3*. Y realmente, el final, antológico, de la descripción de la Peste en Boccaccio merece ser recordado: *O quanti gran palagi, quante belle case, quanti nobili abituri, per addietro di famiglie pieni, di signori e di donne, infino al menomo fante rimaser voti! O quante memorabili schiatte, quante amplissime eredità, quante famose ricchezze si videro senza successor debito rimanere! Quanti valorosi uomini, quante belle donne, quanti leggiadri giovani, li quali non che altri, ma Galieno, Ippocrate o Esculapio avrieno giudicati sanissimi, la mattina desinarono co' loro parenti, compagni e amici, che poi la sera vegnente appresso nell' altro mondo cenavorono con li loro passati! (Intr. 48).*